

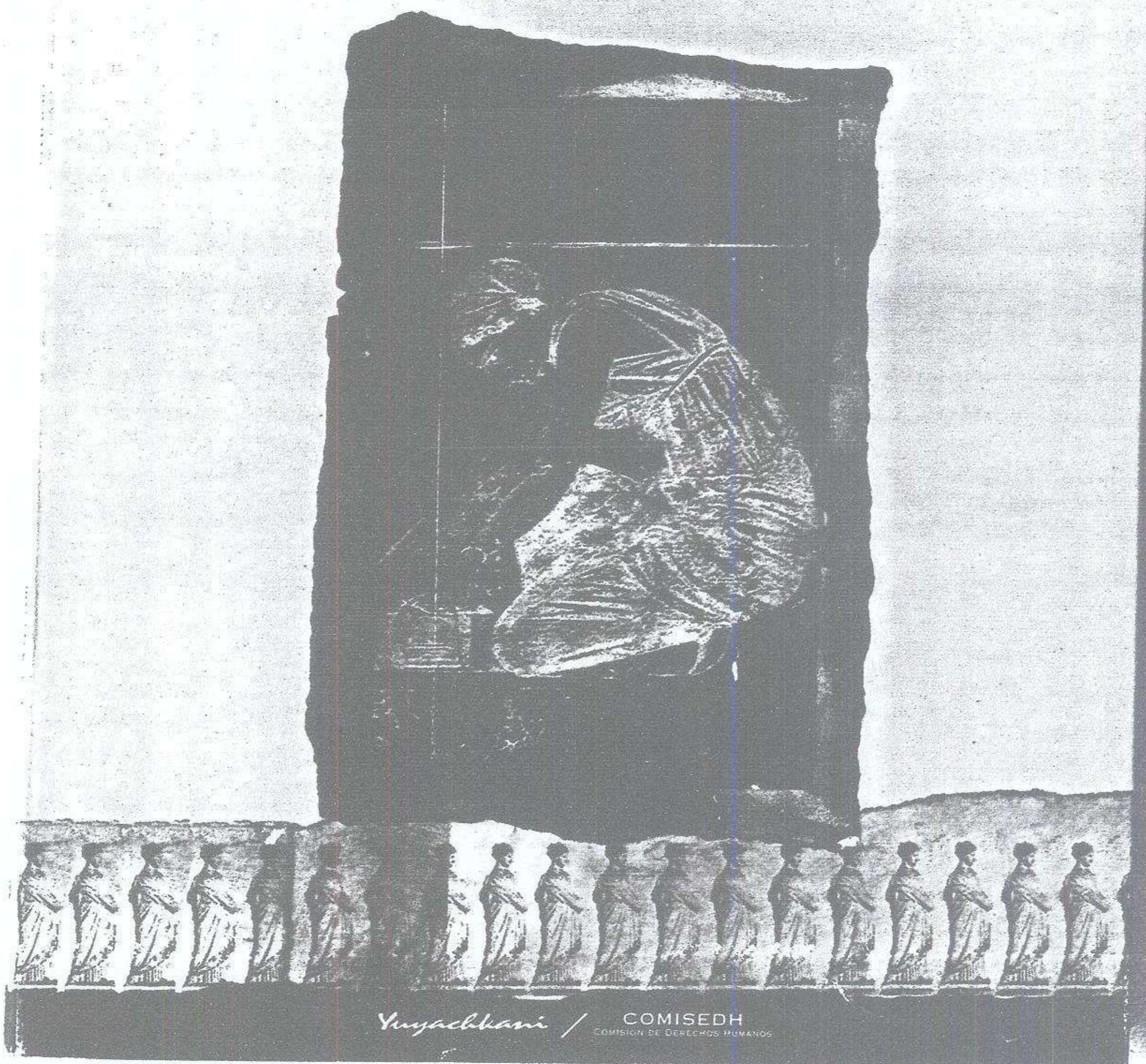
11/21/81

c-1
TEAT 3025
Apreciación del
Teatro

7/1/81

JOSÉ WATANABE
ANTÍGONA

VERSIÓN LIBRE DE LA TRAGEDIA DE
SÓFOCLES



Yuyachkani / COMISEDH
COMISION DE DERECHOS HUMANOS

MDERS

c-3

Apreciación del Teatro
prof. Sonia Iniguez

Seminario Multidisciplinario
Jose Emilio Gonzalez

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

X

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

ANTÍGONA CRUZA EL TIEMPO

Los antiguos griegos ejercen una atracción poderosa sobre nosotros. Sentimos algo que viene del fondo de lo desconocido y algo que nos concierne directamente en sus obras de arte, por eso, porque están en el comienzo del comienzo y han resistido el paso del tiempo, los llamamos clásicos. En la Iliada y en la Odisea de Homero aparece siempre el héroe con el aura de sus hazañas, radiante vencedor de todas las dificultades, enfrentado al oscuro abismo de la muerte que lo hará suyo arrebatándole todas las alegrías, sumiéndole en la nada. De esa tensión nace el espíritu de lo trágico que en la épica se amalgama con las otras emociones de la vida, pero que en los dramaturgos, cobra independencia y un inusitado vigor.

Como se ha dicho muchas veces, la tragedia ática comenzó en el año 535 a. C. cuando en el gran festival de Dionisio, Tespis apareció con su coro y presentó un drama rudimentario. Nada sobrevive de todo aquello, solo sabemos que era cantada y no hablada, que la acción era sencilla y que el jefe del coro tenía un papel definido. De esos ásperos comienzos, el genio griego alcanza un tono singular, hasta el punto que la tragedia se convirtió en el arte literario por excelencia en la Grecia de Pericles.

En su origen la tragedia no presentaba ninguna acción violenta, la muerte o los desastres era referidos por un mensajero y no ocurrían ante los ojos de la audiencia. Los asuntos eran tomados de las leyendas

populares, conocidas por los espectadores y estaban vinculados a sentimientos religiosos.

Poco ha quedado de esa primitiva tragedia ática. Las piezas que han llegado hasta nosotros son obras de los tres grandes trágicos que Grecia reverenció y que nosotros continuamos apreciando como algo excepcional del genio humano. Aquello que dicen en sus tragedias Esquilo, Sófocles y Eurípides, nos toca en lo más íntimo, nos involucra, nos conmueve y nos deja pensando.

Hay diversos factores que contribuyen a la sensación de extrañeza que siente el espectador contemporáneo cuando asiste a una representación de la tragedia griega: la escena única, los contados actores, lo sublime de la lengua en discursos fijados de antemano, los arduos problemas de religión y de moral.

Nadie duda de que fue Esquilo (525-456 a. C.) el que contribuyó a dar a la tragedia griega su forma definitiva. Aumentó de uno a dos el número de actores, redujo el coro, hizo más importante la parte hablada que la parte cantada. Compuso tragedias organizadas en trilogías y alcanzó grandes logros artísticos.

Pero es Sófocles (495-406 a. C.) quien expresa con redonda cabalidad el espíritu ático y es justamente *Antígona*, una de sus obras más representativas. La obra se abre cuando *Antígona* se dispone a enterrar a Polinices, su hermano muerto, a despecho del edicto de Creonte, su pariente, que le niega todos los ritos fúnebres como castigo a su traición, pues ha fallecido atacando a Tebas. Por esta desobediencia *Antígona* incurre en la pena de muerte. Y es que ella ha caído también en la culpa del desacato, según se lo dice su hermana *Ismene*. Pero Sófocles ha ido más lejos. *Antígona* es antes que nada, según lo señala C. M. Bowra, la expresión de un contraste, en verdad irreconciliable entre dos especies de bien. Creonte representa la ley y el orden y

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

Antígona el principio no escrito de piedad celeste. *Antígona* es castigada por su desobediencia, pero con su muerte Creonte pierde a su hijo Hemón, prometido de *Antígona* y a su propia esposa, Eurídice, y queda desconsolado.

La pieza está construida con un equilibrio que se ha ponderado mucho. Se siente al comienzo que *Antígona* tiene una devoción excesiva por el muerto y que es dura con *Ismene*, su dubitativa hermana. Al enfrentarse con la muerte casi pierde el valor y piensa en todo lo que se le va con la vida. Esa humanización de la heroína despierta simpatías del público. Conforme eso ocurre, el aprecio por Creonte va disminuyendo. Este no es al principio alguien de altura trágica, parece solamente un gobernante empeñado en restaurar el orden en una ciudad devastada. Pero el desafío de *Antígona* revela los aspectos más sombríos de Creonte que ya no obra por principios sino por orgullo, desoyendo los atinados consejos de su hijo y las graves advertencias del profeta Tiresias. Cuando llega la hora de su castigo, el espectador siente que lo ha merecido cabalmente. Como sucede en otras piezas trágicas, el pensamiento del autor aparece nítido en las palabras del coro. Es el coro quien explica el punto de vista general del autor en la obra. Cuando *Antígona* desobedece a Creonte, el coro entona un himno para cantar la astucia y las grandezas del hombre. Cuando Hemón, enamorado de *Antígona*, argumenta con su padre, el coro emprende la loa sobre el "Amor invencible en los combates". Y ese es el contraste más hermoso de la obra, el conflicto entre las leyes de los hombres y los apremios del corazón.

Han pasado veinticinco siglos desde la época que vivió Sófocles y ahora José Watanabe, uno de los poetas peruanos más apreciados, cuya voz original empieza a ser conocida en distintas partes del mundo, nos entrega una *Antígona* personal, que respetando la voz de Sófocles, añade su propio talento a la obra inmortal. Como en el carro de Téspis, el primer trágico, la obra de Watanabe está concebida

para un espectáculo unipersonal y ha sido escrita especialmente para que Teresa Ralli, dirigida por Miguel Rubio, nos entregue un Sófocles con un aliento de contemporaneidad. La actitud es atrevida y al mismo tiempo modesta. Atrevida por modificar un texto de Sófocles y humilde porque no aspira a la total originalidad. Pero si vemos bien, en la historia literaria, el afán de originalidad extremada, se ha alternado en la práctica, con una vocación de elevarse a la altura de aquellos que consideramos maestros. Las imágenes, las metáforas y las tramas mejores, son aquellas que cruzando distintas épocas, trabajadas por distintos artistas nos parecen mejores porque están decantadas por el tiempo.

La versión de José Watanabe ha respetado gran cantidad de frases de la traducción de Ignacio Errandonea, aquellas que le parecieron perfectas y en aquellas otras añadidas de su propio magín, procura adaptarse al estilo de Sófocles, claro, directo, con escogidas palabras del habla diaria que saben penetrar en las preocupaciones más hondas de la especie humana.

Watanabe modifica un poco la estructura del espectáculo, precisamente para hacerlo unipersonal. Habla una narradora que juega todos los papeles. Y en este punto está concentrada la magia del teatro. Es ese desdoblarse ad infinitum que en la poesía lírica aparece soterrado bajo siglos de práctica individual, que se manifiesta en algo en la novela de múltiples personajes y que cobra su esplendor en el teatro. Volver al espectáculo unipersonal, a la sobriedad del escenario, al teatro de pasiones desnudas, sin aditamentos excesivos, no es sólo vincularse a través de Sófocles, con el mismo Tespis, como hemos dicho, sino acomodar una trama a un vehículo expresivo que permite asomarse a los abismos de la esencia del hombre.

Hasta donde es posible Watanabe deja de lado todo rebuscamiento, toda vocación de lucimiento, para llegar a un público mayoritario. El

final de la versión que se presenta es notable. Junto al tema del derecho humano enfrentado al derecho divino, se entra al asunto de la culpa, ese meditar doloroso sobre lo no hecho o lo mal hecho o la indiferencia frente a los hechos. También aparece, una auténtica sorpresa que es mejor no anunciar.

José Watanabe ha hecho periodismo, cine, y poesía, que es su marca principal. La pieza que ahora ha escrito y que ha extraído en alguna medida del cofre de Sófocles, lo muestra como un dramaturgo de mucha potencia. Ahora que en el Perú se está saliendo de la crisis de autores, que llevaba por lo menos veinte años, su pieza trae un aliento fresco a las tablas. En el mejor sentido del término, nos trae una poesía dramática que los espectadores y lectores estábamos necesitando.

Lima, 24 de enero del 2000

Marco Martos

I

NARRADORA

Hoy es el primer día de la paz.
Las armas enemigas aún no han sido recogidas y están
dispersas
sobre el polvo como ofrendas inútiles.

Qué rápido el viento de la madrugada ha borrado las huellas
de huida de los argivos.

Cuando la luz es brillante como la de esta mañana, parece que
el pasado
es más lejano.

Pero no, ellos huyeron apenas anoche, no más noches.
Antes de nuestro último sueño fue el tropel de su desbande.

Vinieron
y se posaron sobre nuestros tejados cual águilas armadas
y pusieron en nuestras siete puertas
siete renombrados capitanes
y nunca acallaron sus siniestros gritos de guerra.

Pero Zeus, que abomina los alardes de la lengua altanera,
estuvo con nosotros.

Acosados por nuestros batallones, corrían por su vida
aquellos que cantaban
que habían venido a beber nuestra sangre.
No la bebieron y agradezcamos hoy la vida
y el sol
y la paz que es un aire transparente, y empecemos a olvidar.

II

NARRADORA

Los pastores han llevado las cabras y ovejas
más allá de las colinas de Tebas, adonde el pasto
no esté sucio de sangre.
Volverán cuando todos los muertos de la guerra estén
enterrados
y nueva yerba crezca sobre los túmulos.

Apúrense enterradores,
juntén sabiamente en una misma fosa a nuestros soldados y a
los enemigos
pues ambos están hechos de la misma carne
y oliscan el aire por igual.

¿Ven ese cadáver sobre la tierra más árida, tendido
perfectamente de perfil?
Se llama Polinices y, aunque semidesnudo,
aún mantiene las brillantes insignias de capitán argivo.

Murió por un juego perverso de los dioses.
Ellos observan las batallas como un espectáculo, ignorando
quién hiere a quién en el fragor del combate
o qué flecha lleva dirección de cuerpo preciso.

Pero en una de las siete puertas,
los dioses sí pusieron voluntad para que se enfrentaran dos
hombres señalados,
nuestro capitán Etéocles
y el capitán atacante, Polinices.

Ay juego perverso:
los dos guerreros de largas lanzas que quedaron mirándose,
increpándose,
solitarios en sus armaduras fulgurantes, ay juego perverso,
eran nacidos de una misma madre y de igual padre.

El movimiento fue simultáneo: una lanza avanzó y la otra vino
y así la muerte se hizo dos, pero entera en cada hermano.

III

NARRADORA

Destino es de los débiles crear señores del poder,
así como en sueños creamos seres para nuestro miedo, y sólo
el dormido
los ve, y se angustia.

Pero ahora estoy en vigilia y ver a Creonte me intimida.
Coronado ayer, es el más reciente rey de Tebas, y sin
embargo
ya su ceño es fruncido.

Está bajando lentamente los escalones de su palacio y sé que
palabras felices.
no trae en la boca

CREONTE

Nuestra patria nuevamente es una tierra de sosiego.
Después de las violentas marejadas de la guerra,
las cosas se han asentado y funcionan como originalmente.
Miren alrededor:
el vino está en las ánforas,

los sirvientes sacuden las alfombras en las ventanas,
el amor anida otra vez, y felizmente por igual, en los inmortales
y en los hombres efímeros,
y los muertos de la guerra ya todos están abrigados por la tierra,
excepto uno.

Excepto uno.

El cuerpo de Polinices quedará insepulto, carne
de disputa y hartura de las aves y de los perros voraces.
Porque él, que fue desterrado, vino con los crueles argivos
dispuesto a ver con placer el fuego consumiendo la ciudad de
sus padres.

La no tumba para él es mi determinación
porque jamás los malvados recibirán más honra que los justos,
y que así quede pregonado.

Y pregonado también quede el castigo: aquel
que le haga exequias, que le haga duelo o que le cubra con
tierra,
agregará su propia muerte a la del muerto.

Ahora vayamos todos a concluir las honras de su hermano
Etéocles:
dispongan carrozas, caballos, flores, banderas,
y ustedes, capitanes de la guerra, agreguen un mechón de sus
cabellos
para que se consuma con el cuerpo de aquel cuya causa fue la
patria.

Queden así en el olvido los pasados combates
y vayamos a los templos de los dioses en danzas nocturnales,
¡y que Baco sea nuestro guía!

IV

NARRADORA

La muchacha, más niña que mujer, sentada en aquel patio...
qué abatimiento tan serenamente llevado.
Hermana de los dos muertos, del honrado con sepulcro y del
otro, afrentado sin él,
mira distante nuestro paso. La culpa que sentimos está en
nosotros, tebanos,
no en la intención de su mirada,
porque nadie, ni el consejero más sabio, se atrevió a refutar la
orden de Creonte
que es dañosa para nuestra alma.

¿Qué cosas arden en tu corazón, Antígona?
¿Adónde vuela tu resentimiento, muchacha?
¿A Zeus, que ha descargado sobre tu familia cuanto dolor hay
en el mundo,
o al rey que ahora se ensaña con tu hermano?

ANTÍGONA

Un cetro, un trono, y venias, muchas venias alrededor
están con Creonte.

Oh rey, no necesitabas mucho para hablar con voz de tirano.
Nadie conoce el verdadero corazón de un hombre hasta no
verle en el poder.

Antes de la guerra pasaba silbando por este jardín, acariciaba
mi cabeza de sobrina
y luego se perdía por el soleado atrio. Era otro sol
y yo era otra sobrina.

Ese mismo hombre ordena ahora que me regocije con la
Victoria

y ponga en olvido al insepulto Polinices
como si no fuera mi hermano.

¿Cómo entrar danzando y cantando en los templos
si en la colina más dura hay un cuerpo sin enterramiento?
¿Cómo brindar, borrando de mis ojos lo que no ven
pero que ciertamente es?

Es un cadáver cercado por guardias, vigilado día y noche
para que ni siquiera el viento lo cubra con tierra.

Pero si eres perro o ave carnífera, puedes llegarte
y destazarlo y morder la preciosa carne
del hermano mío.

Hermano mío, pero ya no pariente mío
sino muerto de todos, dime qué debo hacer.

V

NARRADORA

Los dioses te hicieron nacer hembra, Antígona.
Poco puedes hacer sino obedecer las leyes, así caigan sobre los
muertos
como sobre los que vivimos todavía.

Tienes el corazón puesto en cosas ardientes, en deseos
de desobediencia que a otros helarían o convertirían
en estatuas del miedo.

Descansa, deja que el sueño sea apacible tregua
mientras transcurre la larga noche. Duerme.

(Se hace la noche, luego amanece:)

VI

NARRADORA

Las raudas sandalias del guardia
que viene corriendo por un atajo de las colinas, de tan raudas
parecen que apuran la luz del amanecer.

¿Qué mensaje palpita en su lengua, qué noticia
lo demuda en su carrera, qué nueva calamidad guarda
en sus cerradas palabras?

Ya sube los escalones húmedos de palacio,
ya sólo tiene aliento para pedir que lo anuncien ante el rey.

GUARDIA

Qué difícil llegar hasta ti, rey, no por tus alturas en el poder
sino por mi temor de darte el bocado que traigo.
Cuántos veces me he detenido en mi carrera
porque el corazón me decía: «vuélvete, regresa, cuidado,
que apenas dando la noticia, tú mismo la has de pagar».
Con tales pensamientos
el camino corto me ha dado un viaje largo.

24

Sí, sé que estoy hablando para dilatar el tiempo mío
y sólo logro tu real impaciencia.
Sea entonces la noticia:
anoche alguien ha sepultado a Polinices.

No, no es que el muerto esté acogido bajo la tierra,
sino que le han frotado fino polvo sobre toda la piel.
El alguien inició así el rito del soterramiento,
pero la luz del alba lo hizo huir.

Guardias contra guardas nos hemos culpado,
pero será, te pregunto, negligencia de hombres si el
desobediente de tu decreto

fue un dios?

Ese pensamiento silenció de pronto nuestra discusión allá en
la colina.

Señor, convendrás que quien llega y huye
deja huellas,
y no había ninguna, ni de rueda ni de pie ni de arañazo de
azada.

¿No te dice el corazón, como a nosotros, que el enterrador
llegó por el aire
o que no es de visible sustancia humana?

25

VII

NARRADORA

En la puerta de Bóreas
el viento agita como tristes banderas los andrajos de aquel
hombre que viene reo.

Culpado avanza
mientras los cumplidores guardias lo apuran con lanzas
y la turba le hace andante ruedo.

Dicen que merodeaba el cadáver de Polinices
y que había tierra en sus uñas.
Ahí tienes, Creonte, al que anoche retó tu orden.

¿Vas a juzgarlo?
Risible juicio, rey, o sainete: ¿Cómo lo harás venir a la cordura
si el hombre tiene la razón trastocada?

Es el loco que hace años pide limosna junto al monumento de
Anfión.

Hoy, prisionero, grita que en la colina sólo buscaba a su perro.
Sus otras voces
sólo suenan en su cabeza atormentada, en su locura
donde no existen reyes ni héroes ni traidores,
sino sólo un perro.

VIII

NARRADORA

Yo recuerdo:
las alamedas eran primaverales
y Antígona corría y reía como un pequeño ciervo con sus
amigas.

El único acontecer trémulo
era la primera sangre menstrual, brillante y limpia,
y el único vaticinio
lo traía el viento al cifrar los vestidos a los cuerpos, y anunciar
así cuerpos plenos y deseables.

Nada presagiaba a la joven sombría que hoy camina sola bajo
los pinos
y apoya la mejilla en la áspera corteza para que nada en ella
descanse serenamente.

Los dioses de la alameda la miran pasar y ninguno, desde sus
mármoles,
la consuela.

ANTÍGONA

Oh dioses, pudiendo habernos hecho de cosa invisible o de
que no necesitan sepultura piedra
¿por qué nos formaron de materia que se descompone, de
que no resiste la invisible fuerza de la podredumbre? carne

Qué impúdico, que obsceno
es acabarse insepulto, mostrando
a los ojos de los vivos blanduras y viscosidades. Tal castigo,
y peor, padece mi hermano
porque también es abasto que desgarran alimañas, buitres y
perros.

Altos pinos que me vieron pasar cuando yo era niña,
¿divisan a mi hermano? ¿el viento le ha quitado el fino polvo
con que cubrí su desnudez al amanecer?
¿Tendré otra vez valor para burlar la redoblada guardia
o debo resignarme a que su cuerpo, al entrar el otoño,
sea sólo huesos y una mancha oleosa sobre la grava?

No, no me respondan. Hoy toda palabra o murmullo entra en
y la enciende más. mi pesadilla

IX

NARRADORA

Era la medianoche
y el palacio de Creonte parecía un barco anclado y seguro.
El viento había amainado
y las antorchas se consumían con llama inmóvil y azul.

Contemplando el edificio, pensé en los modos del poder:
un hombre inmisericorde duerme entre sedas, me dije.

De pronto
en la habitación más alta se encendió una luz y otra luz
y vi a Creonte caminar y caminar turbado. ¿Lo despertó
un mal sueño
o el escozor de la desconfianza que tiembla en la piel de todo
tirano?

CREONTE

El guardia habló con lengua supersticiosa. No viendo huellas,
él y sus compañeros de simpleza
sospecharon una divinidad intentando sepultar el cadáver de
Polinices.

¿Qué dios puede tomarse ese trabajo
con alguien que llegó hasta las puertas de la ciudad
levantando teas ardientes
dispuesto a incendiar templos, altares y sacros tesoros?

¿O hemos llegado al tiempo en que dioses falsos
enaltecen a los traidores?

No: ahora veo: la simpleza del guardia era fingida
y el dios enterrador era pícaro invento
para ocultar su complicidad pagada.

Hay ciudadanos resentidos porque no ocupan un sitio a mi
lado.

Ojos que yo envió por toda la ciudad
han visto que a mis espaldas mueven la cabeza y murmuran
diatribas.

A ellos no les duele el cadáver de la colina, les duele mi poder,
y para minarlo
dejaron caer monedas sobre la palma venal de un guardia.
Sí, la arriesgada y vergonzosa empresa de mi servidor
sólo puede hallar explicación en el lucro.

Y luego quisieron confundirme como al rey ingenuo de las
fábulas
trocando a un dios con un loco que se arrodilló ante mi
y habló confusas palabras entre llantos y babas.

Poder y traición están en la misma medalla.
El día de mi primer mando tuve mi primera felonía:
desapareció la mascarilla mortuoria de Polinices, aquella

que hice para que el enemigo tuviera un rostro
antes de que bajo el sol, como ordené, perdiera sus facciones.

Ay traidores, tiemblen, porque tampoco bastará la muerte sola
para ustedes.

X

NARRADORA

He visto a Antígona corriendo sigilosa de una columna a otra,
de una esquina a otra
como escondiéndose de nadie.

Al salir por la puerta Bóreas
su apurado vestido blanco parecía ir solo como una sábana
volada de un cordel.

La perdí de vista cuando entró en la llanura,
pero en la frente llevaba un pensamiento que la transfiguraba
y la hacía más bella en su veloz caminar bajo el sol del
mediodía.

ANTÍGONA

Polinices, hermano mío, te preguntarás cómo he llegado hasta
ti.

Todo hombre tiene su arrogancia
y la de los guardias es creer que en hora tan luminosa no
puede haber audaces.

32

Doy gracias también a los vientos del norte
que se rizan en torbellinos y recorren las colinas
levantando columnas de polvo que suben hasta las nubes.
Envuelta en un torbellino he venido. Estoy llena de briznas,
pero el vino del cántaro está limpio.

Cuán malamente te han raspado el polvo
que te puse anteanoche. Quieren para ti la más absoluta
intemperie,
pero yo he venido a abrir la tierra para ti.

Recibe otra vez sobre tu cuerpo este polvo consagrado
y estas tres libaciones de vino de mi boca, pero en nombre de
todos.

(La sorprende un guardia)

Ser sorprendida era mi riesgo, guardia, pero déjame
que termine de abrir la tierra para que sea madre
y acoja a Polinices como acogió a Etéocles.
Son hermanos irrenunciables, guardia, ya sin facción ni
contienda

y acaso mutuamente se están llamando.

En tu corazón sabes
que no es bueno que el uno esté abrigado por la tierra
y el otro siga errando,
alma en pena que mira con tristeza o cólera su propio cadáver.

Quiero que toda muerte tenga funeral
y después,
después,

33

después
olvido.

En tus amarras, guardia, está empezando mi muerte.

Recuerda mi nombre
porque algún día todos dirán que fui la hermana que no le
faltó al hermano:
me llamo Antígona.

XI

NARRADORA

Gentes de Tebas
que miran y se esconden como monos curiosos,
la que va por las calles dentro del círculo de guardias como
animal de cacería
es en verdad la única princesa de esta tierra.

Véanla ahora
subiendo los escalones de palacio: si desatadas van
las correas de sus sandalias, muy entradas en sus carnes
están las amarras de sus sagradas muñecas.

Gentes de Tebas,
ya Antígona y Creonte están en sus inevitables papeles.
Ella ocupa su asiento de reo
y él ahora no sólo es rey, sino la estentórea voz del destino
y su inclemencia.

CREONTE

Naciste
del vientre de mi hermana y lazo de amor te une a Hemón, mi
hijo.
Eres, pues, más pariente mío que muchos.

Doble dolor y doble cólera arden en mi alma.
Es justo, entonces, que doble rigor tenga contigo.

Mi hijo Hemón deambula incrédulo por pasajes y
habitaciones,
ya sabiéndose novio de una segura condenada.
Porque condenada estás desde que los bandos pregonaron la
orden y el castigo.

Y sin embargo ríes, y esta insolencia es mayor que la del
enterramiento
porque allí burlaste a simples y oscuros guardias
y aquí tu sorna y jactancia
son ante tu rey.

Siempre es más fácil ordenar la muerte
de aquel que comete un delito y luego lo toma a honra. Tu risa
hará que condenar también sea un placer.

¿Pero quién más ríe contigo?
¿Qué cómplices se ocultan en sus casas a gozar tu osadía?
¿Ismene, tu hermana, también te asistió y es la otra cabeza
de la víbora bicéfala?

ANTÍGONA

La víbora tiene una sola cabeza, Creonte.
Mi hermana Ismene es inocente. Sus pensamientos más
atrevidos
no van más allá de su tímido frontal.

Dices que he violado tu ley.
¿Pretendes tú, mortal, prevalecer
por encima de las leyes no escritas pero inquebrantables de
los dioses?

Sólo ellos tienen mandato sobre los cuerpos de los muertos.
Recuérdalo: sólo ellos.

Sé bien
que Polinices venía a devastar nuestra patria y que Etéocles la
defendía,
pero ahora, muertos, el Hades les otorga igualdad de derechos.

Como ves,
he preferido cumplir con los dioses y no con tu arrogante
capricho.

Sucumbir por tal motivo es ganancia, y no me duele.
Doleríame, sí, que el hijo de mi misma madre
quedara insepulto. Tú sigue llamándolo enemigo
hasta el fin de tus días,
pero yo he nacido para amar, no para compartir odios.

Ha de parecerte que hay sonido de locura en mis palabras,
pero no, la locura está en tus oídos.

¿Sabes que hay muchos tebanos que alzarían estas mismas
palabras,
que las dirían a voces por calles y plazas
si el miedo no les cerrara la boca?

Los dioses quieran, Creonte,
que no te dure el privilegio de ordenar impunemente lo que
te place,
y quieran también acabar pronto con tu gozo de escuchar
sólo el multitudinario
e indigno
silencio.

XII

NARRADORA

No supongamos tanta dureza en el corazón del rey.
Seguramente ha vencido mil dudas antes de sancionar a la
joven
que hizo promesa de amor con su hijo
y es tan cercana de su sangre.

Ay Antígona, qué hermosa y altiva presa eres. La escolta de
guardias
no perturba tu caminar lento
y regio.

Vas mirando sin ansia
rostros en las ventanas, árboles, veredas, un brillo de sol
en una aldaba, y mil cosas que para ti son últimas.

No te llevan a cadalso, a final que viene raudo como viaje
de flecha o vuelo de hacha, no:
Creonte te ha señalado muerte para la memoria de todos,
muerte

que se vocee así:
si tamaño castigo da a pariente ¿qué pueden esperar otros
enemigos?

Vas, Antígona, a muerte más larga y perversa.

Entre el roquerío de la montaña
hay profundas y caprichosas cuevas. En una de ellas serás
lanzada

y vastamente tapiada.

Cárcel te será

mientras te duren las interminables horas de hambre y sed y
oscuridad

y luego secreta e inmensa tumba, porque no sólo te albergará
la cueva

sino toda la montaña.

XIII

ANTÍGONA

La oscuridad le da a mi cuerpo una existencia extraña.

Soy

sólo cuando me palpo o toco la dura piedra de la caverna.

Cuando hablo no sé si hablo, acaso sólo sean palabras que
circulan

sin sonido dentro de mi cabeza.

Esto

y la muerte

debo pagar en este tiempo de perversas confusiones.

La piedad, que antiguamente era virtud, hoy me condena
y alarga las desgracias de mi familia.

Los viejos dicen que un antiguo conjuro pesó sobre mi padre y
mi madre

y que las desventuras, como las olas de la mar, se repetirán
de una generación a otra.

Y entonces desde aquí, aunque no me escuchen, viejos, yo les
recuerdo

una ley del Olimpo
que dice

que nada grande entra en la vida de los hombres
sin alguna maldición.
Si la paz es esa cosa grande, yo soy la maldición, la ola rara
que se estrella y muere en el interior de esta cueva.

Lo siento por ti, amado Hemón. Éramos una mujer y un
hombre soñando
ritos nupciales, banquetes y tálamos.
Otro será mi novio ahora, vendrá desde la oscuridad,
y comeré mi manjar, este aire,
y me tenderé sobre esta piedra que ese último día me parecerá
de plumas.

XIV

NARRADORA

Desde la madrugada,
Hemón camina porque camina, va y viene
a ninguna parte
y sólo se detiene a mirar la montaña donde se consume
Antígona.

¿Qué ha sucedido en mi patria
para que ojos tan jóvenes miren con tanta amargura?

Anoche Hemón tuvo un sueño insensato:
Se vio repentinamente muerto
por una dorada flecha disparada por algún dios
compadecido,
y así atravesado y finado
entró en sueños en la cueva para buscar entre las sombras
la amada sombra de su prometida.

La luz del alba le advirtió que soñaba, y odió la luz.
Se puso de pie y empezó a caminar al gairete: igual
le era pisar yerba, piedra o grava.

Una pregunta le maduró en su deambular:
¿hasta dónde debe ir el amor por un padre? ¿debemos pagar
esa deuda de origen
aun con la aceptación silenciosa de sus injusticias?

Hemón sabe que es pregunta rebelde, pero la lleva en el gesto
mientras sube a hablar con Creonte.

CREONTE

Hijo mío, oí rumor de tu despecho por tu frustrada boda,
pero mírame: soy rey y padre, pero no dos personas, no uno
inflexible
y otro blando.

Mi firmeza de casa debe prolongarse a todos los rincones de
la patria
donde debo ser obedecido en lo pequeño y en lo justo,
y aun en lo que no lo es.

Engendrar hijos es un riesgo, Hemón.
Los que salen cortos de alma
sólo sirven para burla de los enemigos,
pero yo estoy confiado contigo, te di sentimientos fuertes
y sé que no podrán disolverse ante la apetencia
por el placer de una mujer.

Sepas, además, que sería sospechoso sino gélido
el abrazo desnudo de aquella que se ha portado enemiga
de nuestra estirpe.

Deja que ella encuentre un novio en el Hades
y tú, hijo mío, busca entre otras doncellas
otros campos donde labrar.

HEMÓN

Muy extraño es ser hijo de un poderoso.
Te escucho decir palabras domésticas de padre
juntamente con órdenes y leyes de rey.

Y privilegio siento en no verte
como el alto gobernante que a otros intimida.

Te pido permiso para usar ese privilegio,
y decirte lo que escucho en las calles, entre las sombras:
toda la ciudad llora a Antígona.
Los sencillos ciudadanos censuran la afrentosa muerte
que le estás dando. Dicen:
«aquella que no consintió que su hermano fuera pasto de
perros
¿no es acaso más digna de alcanzar honra que castigo?»

Óyelos, padre.

Yo quisiera para ti toda la sabiduría del mundo, pero los
dioses
todavía no han creado a tal hombre.
No imites a los soberbios de mil talentos que cuando se les
casca
son hueros.

Oye a los sencillos ciudadanos, padre.

Que no te sea humillante el aprender de ellos.
Que tus leyes no sean de tu solo arbitrio, porque no es patria
lo que es posesión de un solo hombre.

También oye a los dioses. Mira la noche
porque en el silencio estelar,
ellos piden que no olvides ni pisotees sus derechos sobre los
muertos.

Oye a todos, padre, y cede,
y revoca la dura orden para que todos celebremos la paz
y Antígona la luz.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

XV

NARRADORA

Las vivaces cabras saltan de peña en peña
y se aparean
sin sospechar que en el vientre de la soleada montaña
hay una cueva
que es cárcel perpetua y tumba y tálamo.

Hasta allí no penetra el sagrado ojo del día
ni el llanto de amigos y parientes. En ese silencio
la muerte laboriosa envuelve a la joven condenada
en un denso capullo de sombras.

ANTÍGONA

Yo quise ser la justa enterradora
y ser enterrada es el premio que he recogido.

Padre mío,
madre mía,
hermanos Etéocles y Polinices, ya siento que toco las manos
de ustedes

que las alargan hacia mí desde el otro mundo.

Moriré sin cantos de himeneo
ni caricias de esposo
ni crianza de un niño. Sólo he llegado a ser hija y hermana
recíbanme como tal. grata,

Curiosa es mi muerte. Mi cuerpo joven
no tiene destructora ni cruel enfermedad,
y aquí no espero el imposible golpe de una espada ciega
para que yo muera regando mi sangre.
Me estoy acabando lentamente: en la misma medida que
entra en mí consumo la vida
y crece
el dulce abandono que llamamos muerte.

XVI

NARRADORA

Un extranjero que cruzara Tebas de paso
vería un pueblo de orden, un rey que gobierna
y un pueblo que labora calmo.
No vería las turbulencias debajo del agua mansa.

¿Quién le diría
que una muchacha está muriendo por piadosa?

¿Quién le informaría
que el joven iracundo que sale de palacio se arrancaría la piel
si con ello dejara de ser hijo del rey?

Y ahora sospechemos que serán más duras las secretas
correntadas
porque ahí viene Tiresias, el anciano vidente: mala señal
es su caminar agobiado, que no es por edad sino por el peso
de sus presagios.

Los dioses le dieron a Tiresias una paradoja:
lo cegaron para que viera más lejos,
y así va, confiando sus pasos a un lazarillo, ante Creonte.

TIRESIAS

Tú puedes jurar, rey, que tu trono está sobre amplias bases de
mármol.

Yo lo veo al borde de un abismo.

Escúchame:

Están ocurriendo sucesos para el temor.
Los mil pájaros de mi árbol, pájaros de algarabía,
fueron expulsados por grandes aves llenas de cólera
que hicieron del árbol campo de batalla
donde esgrimían garras para sangrarse cruelmente.

Al no comprender esa violencia, acaso
figuración de otra venidera,
yo corrí a ofrecer sacrificios en el altar. Puse sobre el hornillo
las ofrendas habituales, frescos húmeros de oveja y buey, y
pequeñas vejigas

de hiel,
y todo untado con grasa para avivar el fuego,
pero, ay, el fuego no levantó sus lenguas,
y la grasa se derritió gota a gota sobre el rescoldo dando gran
humo, y la hiel
salpicó el aire oscuro y atosigante.

Dime, Creonte ¿por qué los dioses rechazaron mi sacrificio?

Y asimismo es en todos los altares, y es casa por casa
como una peste. Y aves y perros llegan a los hornillos
como siguiendo una orden
y los atestan con piltrafas arrancadas del cadáver de Polinices.

¿Acaso es necesario mi arte de vidente para interpretar tales
signos?

Tú retaste a los dioses, pero todo Tebas paga tu insolencia.

Me retiro pidiéndote que no punces más al cadáver.
Entiéralo.

Que se diga que fuiste valiente corrigiendo tu yerro
y no valiente volviendo a matar al que está ya matado.

XVII

NARRADORA

Nadie alrededor. Creonte está sentado solo en el centro del
gran salón.

Se mira en el espejo
y ve un hombre irritado tomando vino.

Y nadie alrededor.

El vino es de las cepas reales,
pero sus pensamientos caen en el vaso y la bebida se tuerce.

Y nadie alrededor.

CREONTE

¿Quién no está contra mí?
¿Hemón, mi hijo subyugado por una vil mujer?
¿Tiresias, el viejo adivino, que me culpa de las llamas muertas
en los altares
sin ver la hartura de los dioses que ya no desean las ofrendas
de los pusilánimes?

52

¿Quién no está disparando flechas contra mí?
¿Quién no me trajinaría como mercancía si hubiera
comprador?

Pero una vez más digo: a Polinices
no lo enterrarán nunca en un sepulcro
aunque las águilas
le arranquen piltrafas y las lleven hasta el mismo trono de
Zeus.

53

XVIII

NARRADORA

Tiresias, el anciano de los ojos muertos,
convierte todo su cuerpo en un enorme ojo, no para ver lo de
sino lo de mañana. hoy

Anoche no pudo entrar en el sueño
y estuvo mirando calamidades
que el tiempo está trayendo rápidamente hacia Tebas.

Apenas sintió el sol del amanecer en su vieja piel
puso la mano sobre el hombro del lazarillo
y enrumbó por el camino de palacio. Lleva premoniciones,
hechos espantables
que ya no puede contener en su boca.

TIRESIAS

Otra vez he venido hasta ti, Creonte, para pedirte que hagas
humilde silencio

y escuches cómo vienen
las Furias del Hades
y de los dioses. Se acercan
veloces y vengadoras, y tú eres la presa ineludible.

Tú, porque crees que tu crecido poder alcanza para gobernar
otros mundos.

Tienes retenido a Polinices en el mundo de abajo,
perteneciendo,
como todos los muertos, al mundo de arriba.
Y en un juego contrario,
tienes en una cueva, que es tumba de muerto,
a Antígona, que aunque desfalleciente, aún es viva.

Anoche me llegaron imágenes de tu desastre. Quise alejarlas
bañando mi frente con agua fresca, pero volvían
una y otra vez. Vi
la terrible cobranza de los dioses: entre todos se llevaban
un ser surgido de tu propio ser, el más querido.
Y aun ahora que hablo contigo
me viene un largo olor de sangre, un olor adelantado, tal vez
de mañana.

Evita, Creonte, el vuelo de las Furias, haz que desistan
de su desquite
y regresen a sus mundos. Deja tu ceguera
que es peor que la mía, porque no es de ojos de carne sino de
soberbia
y escúchame:

ya sabes que el consejo es mayor cuando aparta el peor de
los males,

y este que te dejo es de los mayores: entierra al muerto
y libera a su fiel hermana, y prontamente
porque cada hora
la sangre que viene hacia ti huele más próxima.

XIX

NARRADORA

No hay peor tortura que la propia imaginación
y Antígona no cesa en mi mente.

La veo esperando que se forme una imposible gota de agua
en la piedra árida
y caiga en su boca sedienta,
o tanteando en ese mundo inhóspito una yerba amarga
para su infinita hambre,
o pronunciando lentas palabras para que su propia voz la
acompañe
mientras entra en el letargo
doblándose sobre sí misma como una figurilla de cera.

ANTÍGONA

(Habla como lejana y jugando con una cinta de seda que ha desatado de su cintura, la enrolla y desenrolla en su brazo)

Soñé que amanecía. Qué absurdo,
soñé que amanecía.

Tal vez el amanecer esté encima de la montaña,
pero no tendrá la luz esplendente de mi sueño.

La luz que vi era otra
y yo quería entrar en ella y disolverme en su liviandad.

Ay si ese fuera el camino para entrar en el Hades, y ser luz
repentina, cuerpo huido de este suplicio
largo y perverso.

Ay si pudiera tomar ese camino, esa puerta rápida, ese atajo.

XX

NARRADORA

Desde temprano
los clarines reales han llamado a la población a las puertas de
palacio,
pero los tebanos, antes sólo gente de acatamiento, hoy
han traído algo para enrostrar. Gritarán
que sus altares siguen inservibles, ahogados como están los
fuegos
por las piltrafas de Polinices.

Pero Creonte los ha sorprendido. Ha salido al atrio
con otro rostro. Nadie sabe si por la razón o el miedo,
pero comparable está a un pescador que ha desatado cien
nudos
toda la noche
y a la mañana siguiente ve satisfecho y en paz su cuerda lisa.

Cien nudos toda la noche, y nadie sabe si desatados
por la razón o el miedo.

CREONTE

Pueblo de Tebas:
dar una orden y luego suspenderla no debe ser costumbre de
gobierno,

pero si la dicha orden trae zozobra
y la insistencia en ella
puede estrellar al pueblo y a mí mismo contra la fatalidad,
es hora de revocarla.

Ustedes esperaban íntimamente esta decisión. Que sus
corazones entonces
se alegren este día
porque doy licencia para que vayan a hacerle entierro al
muerto.

Llévenle
entre cantos
su derecho a ser cobijado por esta su tierra nativa.

Yo voy a hacer el gesto contrario. Marcho a la montaña
a destruir el sello de piedras
que enclaustra a Antígona y la aleja
de la luz
y del amor de mi hijo Hemón, que hace días me sesga su
mirada.

Vayamos pronto,
y que los dioses se complazcan viéndonos trabajar en ello.

XXI

NARRADORA

El sello de piedras estaba roto
y el recién llegado Creonte miró el forado incrédulo y
ofendido,
y abrevió
para los cielos y la tierra
toda su rabia en una pregunta: «¿quién el atrevido?», gritó.

Por el forado, más hechura de zarpas desesperadas que de
manos humanas,
entraron guardias con antorchas y el rey con su cólera.

Y avanzando hacia el fondo oscuro
vino hacia ellos un sobrecogedor lamento. Era la voz
de Hemón,
pero Creonte la negó diciendo que era cruel burla de los
dioses.

¿También quisiste negar, rey, la imagen que las antorchas
iluminaron?

Antígona colgando de su fino cuello, enlazada
por una cinta de seda roja a la saliente de una roca,

Hemón abrazando su cadáver por la cintura, llorando
su demorado atrevimiento para romper el sello.

Cuando el joven sintió la luz, volteó el rostro y más fuego
que en las antorchas había en sus ojos.

El rencor produce una saliva ácida, y con ella
ensució la cara de su padre
antes de atacarlo con el doble filo de su espada. El hijo
sólo hirió el aire, el sitio vacío
que había dejado el esquivado y ágil cuerpo de Creonte.

Burlado en su ataque, Hemón levantó la espada
y se la hundió a sí mismo en la mitad del pecho. Feroz signo
de ira contra su propio padre.

La vida sólo estuvo con él el tiempo que necesitó para girar,
abrazar a Antígona
y mojar las mejillas pálidas de su novia con la sangre que le
subía a la boca.

Oh dioses, en las paredes de la cueva, sus sombras
eran las de dos jóvenes ceñidos
como en día de boda.

XXII

NARRADORA

Las muertes de esta historia vienen a mí
no para que haga oficio de contar desgracias ajenas.
Vienen a mí, y tan vivamente, porque son mi propia
desgracia:
yo soy la hermana que fue maniatada por el miedo.

Antígona entró en mi casa como un airado y súbito fulgor
y me habló así: "Ismene,
quiero que tus manos me ayuden a sepultar el cadáver de
nuestro amado hermano,

confío
en que habiendo nacido noble
no te haya ganado la villanía"

Sus palabras ardían,
pero yo tenía el ánimo como el de un pequeño animal
encogido,
y sabiendo que le asistía razón,
le dije que deliraba, que un aire de locura le había golpeado
la cabeza.

Era el miedo, Antígona, porque la muerte sería nuestro pago
por enterrarle.
Ven, hermana, te rogué, mejor pidamos a los muertos que nos
dispensen
y que prevalezcan sobre nosotras las órdenes de los poderosos
vivos,

pero me reprochaste, dijiste: "busca tú, Ismene,
la aprobación del mundo del tirano, yo iré tras la gracia
de los dioses", y te fuiste
a la colina de nuestro muerto.

*(Abre un atado y descubre la mascarilla mortuoria
de Polinices. Entre las pausas de su parlamento le
hace tres libaciones)*

Antígona,
¿ves este mundo de abajo?
El palacio tiene ahora un profundo silencio de mausoleo
y desde ahí nos gobierna un cadáver que respira, un rey
atormentado
que velozmente se hace viejo.

Hermana mía, mira:
éste es el rostro de nuestro hermano antes de los perros
y los buitres y la podredumbre,
y estas libaciones tardías son de mi pequeña alma culposa.

En tu elevado reino
pídele a Polinices que me perdone la tarea que no hice a
tiempo
porque me acobardó el ceño del poder, y dile

que ya tengo castigo grande:
el recordar cada día tu gesto
que me tortura
y me avergüenza.

Telón.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO